

UNA EXPOSICIÓN Y UNA CHAQUETA



En los años Cincuenta yo vivía en Roma, vía Antonino Pio, y la presencia de Maestra Tecla para todas era normal. Ella estaba con nosotras. La encontramos en los jardines cuando iba al Santuario y, algunas veces, venía en los grupos a darnos la tradicional conferencia.

En aquel tiempo la recuerdo serena, casi sonriente, completamente sí misma en su compostura. Entonces, yo estaba en el grupo de las “Giovanissime”, así llamaban en aquel tiempo a las junioras, y mi trabajo, además de la gráfica de algunas publicaciones internas, consistía en ir a las distintas ciudades de Italia para preparar exposiciones. En las diócesis se organizaban entonces muchos convenios y congresos: eucarísticos, catequísticos, litúrgicos, marianos, etc., y nos invitaban a ir con nuestras ediciones. Dichas exposiciones eran siempre acompañadas de paneles ilustrativos que adornaban y embellecían el conjunto.

Ahora les cuento mi primer *encuentro cercano* con Maestra Tecla.

En 1959 fui llamada a Palermo para preparar una exposición durante un Congreso mariano. El local asignado era bello y luminoso y me facilitaba el trabajo, por lo que todo había salido de manera satisfactoria. Justamente en esos días llegó la Primera Maestra para la visita a la comunidad. El do-



mingo, durante el almuerzo, me tocó estar a su lado en la mesa. Alguna le dijo: «Primera Maestra, ¿ha visitado la exposición?». «Sí – respondió inmediatamente – y me gustó mucho». Después, mirándome agregó: «¡Ven qué gente capaz tenemos en la congregación! ¡Realmente tenemos personas excelentes!». Yo quedé sorprendida. No recordaba haber recibido de ninguna superiora un aprecio tan abierto, y sentirme decir esto con tanta espontaneidad y naturalidad justamente de la Primera Maestra, me llenó de alegría.

La tarde concluyó con los chistes y los juegos que Maestra Tecla llevaba siempre consigo. Ella era la primera en reír de corazón.

La segunda experiencia se remite al año 1962 mientras que, con sor Paola Baldo, estudiábamos en Urbino. Antes de partir para el tercer año de escuela, fuimos a saludar a la Primera Maestra en su oficina. Inmediatamente se informó de nuestra salud. Respondimos que en aquella ciudad hacía mucho frío y que a veces Paola sufría de mal de estómago. «Cúbranse bien», exclamó ella. No se por qué me puse a contarle que el año anterior Maestra Paolina, entonces superiora, nos había ofrecido unas chaquetas rompe viento, pero después dijo: “Mejor que no: no sea que den mal testimonio de falta de pobreza frente a sus compañeros”. Y así volvimos a Urbino con nuestros pobres echarpes que volaban de un lado al otro por el viento. Entonces la Primera Maestra exclamó con fuerza: «¡Pero qué pobreza, qué pobreza! ¡Ustedes deben cuidar su salud para poder dar su aporte a la congregación después de los estudios!».

Allí mismo, delante de nosotras, llamó por teléfono a Maestra Paolina y le dijo: «¡Escucha, saca fuera aquellas chaquetas y dales a estas hijas porque en Urbino hace frío y se deben cubrir bien!».

Y así, el tercer año, gracias a la intervención de Maestra Tecla, afrontamos sin temor al viento y a la nieve de Urbino, bien protegidas por nuestras nuevas chaquetas.

Una vez más pude constatar personalmente la humanidad simple y directa de la Primera Maestra. Una humanidad que superaba todo convencionalismo e iba directamente al bien de las personas.

Sergia Ballini, fsp